

DOIREANN MACDERMOTT: UNA PIONERA DE LOS ESTUDIOS UNIVERSITARIOS DE INGLÉS EN ESPAÑA

ENTREVISTA POR ISABEL ALONSO BRETO A DOIREANN MACDERMOTT
Universitat de Barcelona
alonsobreto@ub.edu

1. Dra. MacDermott, me gustaría empezar por sus orígenes. Quisiera preguntarle dónde nació y creció, y cuáles son los lugares de su infancia y su juventud que marcaron su personalidad.

Nací en Dublín en 1923, un tanto “globalizada” desde el principio, puesto que mis antepasados irlandeses, desde hace siglos, mantenían estrechos lazos con Francia, Bélgica, España... Incluso con Simón Bolívar en Sudamérica. Mi abuelo paterno y su hermano se educaron exclusivamente en Francia. Mi madre nació en Terranova, antigua colonia británica, pero desde los 7 años estuvo siempre en un colegio en Alemania. Era bilingüe.

Mi hermana, siete años mayor, estudió en Viena, mientras que mi hermano, muy cercano en edad, y yo, tuvimos una feliz infancia en la Austria campestre, sin conocer parvulario ni escuela, libres bajo la tutela de una maravillosa niñera austríaca –también cocinera– a quien debo mucho de mi gran amor por la naturaleza.

A eso de los seis años, decidieron que mi hermano necesitaba otra educación, y nos trasladamos a Inglaterra, muy a nuestro pesar. Por otra parte, en Austria el ambiente estaba enrarecido. Cuando yo nació Hitler estaba en la cárcel, dictando *Mein Kampf* a su fiel colaborador Rudolf Hess. Todavía no tenía poder pero poco a poco lo iría ganando.

2. Usted era muy joven cuando estalló la Segunda Guerra Mundial. ¿Qué recuerdos tiene de este evento? ¿En qué modo afectó su vida y la de su familia?

Al empezar la Segunda Guerra Mundial vivíamos ya en Inglaterra. Mi padre, mi hermana y mi hermano se incorporaron a la Royal Navy. A los 17 años mi hermano murió en el gran buque de guerra ‘Royal Oak’, hundido por un submarino alemán en Scapa Flow, Escocia, junto con más de 800 miembros de la tripulación. Fue el acontecimiento más trágico de mi vida. A los 17 años yo también me alisté en la Marina y pasé cinco años de servicio, entre bombardeos y ruinas. Experiencias duras y aleccionadoras, en convivencia con gente de todas las clases sociales y de diversos países. Fuimos una generación que tuvo que madurar deprisa, y sin mucha juventud.

3. ¿En qué universidad se formó?

Al terminar la guerra en 1946, había un enorme “back-log” de miles de jóvenes deseosos de ir a una de las pocas universidades que había entonces. Los exámenes de entrada eran muy competitivos. Tuve la suerte de conseguir una beca para la universidad de Londres, donde me licencié en 1949. Para los que éramos “veteranos de guerra” era un gran lujo disponer de una habitación propia, una gran biblioteca y tiempo para leer. Entre el profesorado había unas mujeres algo mayores, pioneras en un mundo exclusivamente masculino y por lo tanto de especial talento y personalidad. Guardo un buen recuerdo de esos años.

4. ¿En qué se graduó?

La licenciatura era en Filología Inglesa, aunque también estudié francés y latín.

5. ¿Qué autores estudiaban? ¿Qué recuerdos tiene de sus años como estudiante universitaria?

Una de las cosas curiosas era que se ignoraba totalmente la literatura norteamericana, exceptuando dos autores que se consideraban británicos: Henry James y T.S. Eliot. Nada más. No estudié a fondo ningún autor norteamericano hasta que vine a España y empecé a preparar las oposiciones. Estudiábamos textos anglosajones, medievales, renacentistas... con muy buenos profesores. Eran muy exigentes, no te dejaban pasar nada. Había que escribir muchos *papers*, y se escribían a mano, claro. Creo que aquellos profesores no aprobarían muchas cosas que se publican ahora.

6. ¿En qué circunstancias llegó a España? ¿Fue porque conoció al que se convirtió en su marido, el escritor Ramón Carnicer?

Acabada mi licenciatura, tenía muchas ganas de escaparme de la Inglaterra de la posguerra, con sus grandes ciudades en ruinas, sus cartillas de racionamiento y muy tristes recuerdos. Fui a la Universidad de Ginebra para recuperar mi francés antes de empezar a trabajar, durante dos años, en un colegio internacional. Fue en Ginebra donde conocí a mi futuro marido, el leonés Ramón Carnicer. Me casé con él en Vallvidrera en 1953.

7. Sus primeros proyectos en España tuvieron que ver con la enseñanza de las lenguas y la diversidad cultural.

En Ginebra habíamos hecho gran amistad con el profesor belga Antoine Velleman, extraordinario políglota, fundador y director de *l'École d'Interprètes de Genève*. Animados por él, Ramón y yo decidimos poner en marcha una Escuela de Idiomas Modernos junto con un curso de Estudios Hispánicos. Era un

proyecto absolutamente revolucionario en la universidad española de entonces. Iba a estar al servicio de todas las facultades, y las clases de lenguas extranjeras habían de ser impartidas por profesores nativos. El plan fue recibido con bastante hostilidad entre los catedráticos más tradicionales, pero apoyado por otros con visión más amplia. Todas las vicisitudes y sinsabores de aquella aventura las conté recientemente en una conferencia en el Ateneo de Barcelona.

8. ¿Cuál fue el impacto de estos proyectos?

El curso de Estudios Hispánicos, que arrancó el año 1952, fue para mí una cosa importantísima, porque en aquel entonces el ambiente estaba muy cerrado. Casi nadie salía del país, pues no había dinero ni permiso para hacerlo. De manera que nosotros traíamos a los extranjeros: el patio de Letras se llenó de americanos, franceses, holandeses, alemanes, y gente de otros países. El curso tuvo mucho éxito, los estudiantes lo pasaban muy bien aquí. Los catedráticos más tradicionales estaban escandalizados. Entre otras cosas, los extranjeros vestían en ocasiones de maneras llamativas, y en cambio los chicos de aquí nunca hubiesen ido a clase sin corbata. También las chicas españolas iban a clase muy arregladas, casi como modelos. Y en este ambiente los extranjeros destacaban, con su aspecto informal y sus camisetas de flores. Mi ideal era que los alumnos de la Escuela de Idiomas Modernos y los de Estudios Hispánicos se encontrasen, en fin, facilitar que los españoles tuviesen oportunidad de conocer gente de otros países. Organizamos muchos encuentros, incluidos bailes y excursiones, porque teníamos mucho interés en que los jóvenes se abriesen a otros jóvenes del mundo.

9. ¿Cómo era la Universitat de Barcelona por aquél entonces? ¿A qué departamento se incorporó?

En aquella época casi todas las facultades estaban en el Edificio Histórico. En la Facultad de Filosofía y Letras no hubo estudios de inglés ni de alemán hasta 1955, cuando se puso en marcha un departamento llamado "Filología Germánica" que pretendía incorporar el inglés, el alemán, el sueco y el holandés en una sola licenciatura, un concepto decimonónico apto para preparar sabios filólogos, pero completamente inadecuado para la urgente necesidad de preparar buenos profesores de lenguas en la enseñanza media y la universidad. Ellos veían el inglés como una lengua exclusivamente germánica, pero yo no veía que lo fuese, pues en esta lengua gran parte del vocabulario entró con los normandos, mientras que los modelos literarios se importaban de Italia o Francia. Un estudiante que no tuviera una buena base en inglés, ¿cómo podría aprender en tres años todas esas lenguas y salir bien preparado para ser

profesor de enseñanza media? Era disparatado. En las reuniones con varios catedráticos puse todo mi empeño en hacerles ver esta realidad, pero no aceptaron mis argumentos. De manera que los alumnos tenían que estudiar las cuatro lenguas, aunque muy pocos alumnos españoles tenían la preparación previa para aventurarse en esta carrera. Solo aquellos que tenían un padre o madre alemán o habían estudiado en el Colegio Alemán tenían perspectivas de éxito. Pero mientras que en la EIM yo gozaba de plena libertad en la organización de los cursos, en la jerarquía de la Facultad no era más que una humilde PNN, sin voz ni voto. "Objection overruled!" El plan nació tullido y tardamos años en arreglarlo. Yo me di cuenta que no podría hacer nada si no era catedrática.

10. O sea, que tuvo que hacerse catedrática casi por sentido de la responsabilidad. ¿Cómo fue el proceso?

Para poder presentarme a oposiciones tuve que licenciarme en España. En Barcelona, como decía, no existía la licenciatura en Filología Inglesa, así que me matriculé en la Universidad de Madrid, donde por cierto también tuve que estudiar cursos de historia y de literatura española. Mi tesis de licenciatura se tituló "Tres siglos de delincuencia juvenil en la literatura inglesa". En el doctorado, ya en la Universidad de Barcelona, yo quería continuar esa línea de investigación, abordando todos los aspectos del sistema judicial reflejados en la literatura inglesa: jueces, cárceles, pena de muerte... En España no había ningún especialista para dirigir semejante tesis, pero como es obvio alguien tenía que figurar como director. Yo lo comenté al profesor y amigo José María Valverde. Él sabía bien el inglés (entre otras cosas, había traducido a Shakespeare), y aceptó. Por cierto que en aquella época una tesis sólo se podía presentar en castellano, no como ahora. La tesis ganó el premio de la universidad y también el premio Ciudad de Barcelona, y se publicó como libro. Recuerdo que Valverde me envió una tarjetita en la que escribió:

When I look at your wonderful book I cannot say that crime does not pay.

Era un hombre muy loable. En su momento, renunció a su cátedra a modo de protesta durante el franquismo. Mi marido se lo encontró un día en el pasillo y él le dijo que iba al rectorado a presentar su dimisión. Ramón le preguntó de qué pensaba vivir –tenía cinco hijos pequeños– y Valverde respondió "No lo sé, pero lo voy a hacer". Y lo hizo, junto con otros dos catedráticos. Se dedicó a traducir durante un tiempo, pero finalmente marchó a Estados Unidos y después a Canadá. Por suerte para la Universidad de Barcelona, al terminar la

dictadura regresó a aquí. Su cátedra era de ética, y su comportamiento estaba en consonancia con ello.

11. Y entonces pudo usted por fin presentarse a oposiciones.

Las oposiciones a cátedra eran demenciales. Nadie había pensado muy a fondo en cómo tenía que ser una licenciatura en inglés, pero la idea era que el candidato tenía que saber de todo, desde *Old y Middle English* a Historia de la lengua, toda la literatura desde Chaucer, literatura norteamericana, lingüística... Todos los temas entraban en la oposición.

12. En el contexto que nos explica, donde no abundaban los expertos en estos temas, ¿quiénes era los examinadores?

Emilio Lorenzo de Madrid, quien tampoco tenía la licenciatura en Filología Inglesa, sino en Germánicas, y Esteban Pujals, que había escrito su tesis doctoral en Londres y fue el primer catedrático de Filología Inglesa en España. El tribunal, aparte de ellos, estaba formado por catedráticos de otras materias que sabían poco o nada del asunto.

Aquellos temarios tan inmensos que habían de ser memorizados te hacían sudar. Ahora las oposiciones me parecen muy fáciles, pues uno solo se examina de su especialidad. Para entrenarme en el esperpéntico sistema de oposiciones que regía entonces, hice oposiciones a catedrática de enseñanza media y durante breves meses impartí cursos en el instituto Menéndez y Pelayo de Barcelona. Finalmente, en 1967 gané la cátedra de la Universidad de Zaragoza.

13. ¿Cómo fue su experiencia en la capital aragonesa?

Mi llegada a Zaragoza motivó cierto revuelo en la universidad y fue comentada en el *Heraldo de Aragón*. ¡Hasta entonces no había habido ninguna mujer catedrática en toda la universidad! No obstante, fui muy bien recibida. Un nuevo equipo rectoral formado por don Justiniano Casas, físico, y don Rafael Usón, químico, me ofreció el máximo apoyo. El inglés siempre prospera mejor con los científicos.

El llamado Departamento de Filología Inglesa de Zaragoza se encontraba entonces en un estado deplorable. Consistía en una sola sala polvorienta con una gran cantidad de libros esparcidos por el suelo y sin catalogar. El profesorado era mínimo y no había ningún doctor. Tuve que ir a Inglaterra a contratar tres jóvenes recién salidos de la universidad –uno de ellos era Brian Mott–, y con su ayuda y la de un excelente profesor Fulbright enviado de California logramos poner en marcha un Departamento bastante aceptable, aunque siempre falto de espacio. Más adelante, a petición del rector, Justiniano

Casas, Ramón Carnicer se incorporó para organizar una escuela de idiomas similar a la de Barcelona. También íbamos a los cursos de Jaca, donde organicé un curso especial para preparar aspirantes a cátedras de enseñanza media.

En 1971, a petición del claustro de la Facultad de Letras, regresé a la Universidad de Barcelona. Justiniano Casas y Rafael Usón no querían que me fuera de Zaragoza, y la verdad es que me dio mucha pena. Eran dos personas muy nobles. Por cierto, muy poco después de marchar yo aquel equipo rectoral fue cesado.

14. ¿Cómo fue la vuelta?

Regresé para ocuparme del desafortunado Departamento de Filología Germánica que, como había supuesto, no había prosperado con aquel plan. Solo un antiguo alumno mío, Pedro Guardia, había conseguido un doctorado. Los alumnos me presentaron una larga lista de quejas sobre el profesorado y las instalaciones. La biblioteca de Filología Inglesa y Alemana estaba situada en un lúgubre y húmedo rincón de la planta baja, donde los ratones se comían los libros. La directora de este doble departamento, yo, con muchísimos visitantes, tenía un cuchitril sin luz natural... De nuevo partíamos prácticamente de cero.

15. ¿Con qué ayuda contaba?

Brian Mott vino conmigo desde Zaragoza, y también Julio Santoyo, que había hecho su tesis doctoral conmigo. (Más adelante, como rector, Julio iba a avanzar mucho la Universidad de León.) Tuvimos la suerte de contar con una serie de buenos profesores *Fulbright* como refuerzo. Con los años conseguimos, a base de muchas instancias y reuniones con el Ministerio, que dentro del Departamento de Germánicas no fuese obligatorio estudiar simultáneamente inglés y alemán. Y más tarde, pese a que en el Departamento no disponía de ninguna secretaria, tuve la impagable ayuda de una serie de "ayudantes" que me acompañaban en estos difíciles años mientras preparaban sus tesis doctorales. Entre ellos Maite Turell, Carmen Muñoz, Pili Zozaya, Àngels Carabí, Kathy Firth...

16. Los últimos años del franquismo fueron muy intensos. ¿Cómo se vivieron desde el Departamento de Filología Inglesa?

Había constantes revueltas estudiantiles en conflicto con los llamados "grises". Los PNN también protestaban. Había frecuentes huelgas y clausuras de la universidad. Los grises se llegaron a meter hasta en las clases, pese a que estaba prohibido. Un día irrumpió en plena clase un chico que huía de ellos. Le dije: "Siéntate y pon cara de interés". Cuando entraron los grises dijimos que no

habíamos visto a nadie. En esos días los estudiantes más radicales eran maoístas; los veías a todas horas con el libro de Mao en la mano, y a menudo enfrentados a la policía. Los jóvenes estaban más politizados que ahora. En los últimos tiempos me ha parecido que reinaba cierta apatía política en el ambiente de la universidad.

Los años 70 fueron especialmente duros. Yo los considero como mis años americanos. Nos visitaban representantes de Washington, y hubo reuniones con ellos en Madrid y Salamanca. Se discutía sobre las bases militares que ellos querían instalar en España, y nosotros queríamos saber qué íbamos a recibir a cambio. Desde la universidad, sobre todo, queríamos libros y becas para estudiar en los Estados Unidos. Yo formaba parte también de la Comisión *Fulbright* para seleccionar candidatos para estas becas, y como agradecimiento “por servicios prestados”, en 1985 me ofrecieron una beca de investigación para poder pasar un año en cualquier universidad americana de mi elección. Dada la muy conflictiva situación en España en aquel momento, no pude ausentarme por tan largo tiempo, pero sí que estuve unos meses en la Universidad de La Jolla. Un remanso de paz donde pude acabar mi libro sobre Aldous Huxley y visitar toda California y algunos estados cercanos relacionados con este escritor.

17. ¿Y después de la Transición? Usted es reconocida internacionalmente como una de las figuras pioneras en la incorporación a la universidad del estudio de literaturas y culturas en lengua inglesa de países de la Commonwealth.

Los años 80 se pueden considerar los años gloriosos del Departamento de Inglés. Libres ya de tantas estrecheces y de los conflictos anteriores, empezamos a recoger los frutos de tanto esfuerzo. Casi todos los alumnos más destacados de los años anteriores lograron sus doctorados, y fueron incorporados de modo más estable en el Departamento. Algunos fueron a montar nuevos departamentos en Lleida y Tarragona. Y yo pude poner en marcha otro sueño que había rondado por mi cabeza desde hacía tiempo. Sentía que nuestros alumnos de inglés (y los del resto de Europa) estaban demasiado restringidos dentro de las culturas británica y norteamericana. Era necesario abrir nuevas ventanas al resto del mundo. Dadas las rigideces de casi todos los planes de estudio, había que emplear cierta astucia para infiltrar novedades: lo que mi buen amigo, el profesor Gerhard Stilz, de la Universidad de Tübingen en Alemania, llamaba “smuggling in” nuevas asignaturas. Mi primera oportunidad se ofreció en 1979, cuando tuvimos un joven profesor *Fulbright* de Nuevo Méjico cuya especialidad era lo que él llamaba “The Westering of America”, donde analizaba los primeros contactos de los indios americanos con

los conquistadores españoles. Este profesor era una excepción, pues los profesores visitantes *Fulbright* solían hablar de temas clásicos. Yo le propuse compartir un curso donde él trataría su tema y yo hablaría de los primeros encuentros de los aborígenes australianos con los británicos. A efectos burocráticos el curso se llamó “Civilización”. La ironía escondida en el título escapó a las autoridades y fue aprobado.

18. Estamos hablando entonces del primer curso sobre cuestiones postcoloniales que se impartió en la universidad española. ¿Qué pasó entonces?

A raíz de esta iniciativa, empezaron a aparecer algunos académicos australianos en el Departamento, y me sorprendió una comunicación del gobierno australiano vía el embajador en Madrid ofreciéndome una visita a Australia con todo pagado. “¿A dónde quiere ir?” me preguntó el embajador. “Everywhere!” contesté, ¡y la respuesta fue un gran paquete de billetes de avión cubriendo gran parte del país! Parecía un sueño, pero en aquella época los australianos padecían de lo que ellos llamaban “a cultural cringe”, un patente complejo de inferioridad respecto de Europa, y buscaban mejorar su imagen. Pude visitar Perth, Melbourne, Sydney, Armidale, Townsville y Darwin, y en cada sitio conocer a los principales académicos y escritores, además de disfrutar de la extraordinaria hospitalidad de aquel inmenso país. Así nació la gran aventura de los *Commonwealth Studies* en España.

19. ¿A qué otros académicos señalaría como compañeros de este movimiento pionero?

El auténtico inicio de *ACLALS* (“Association for the Study of Commonwealth Literatures and Languages”) tuvo lugar en 1962, en la Universidad de Leeds, y me complace pensar que su padre fue un gran profesor irlandés, especialista en W.B. Yeats y en literatura anglo-irlandesa, A.N. Jeffares, conocido por sus amigos como Derry. Los ingleses siempre mantenían que su más antigua colonia era Newfoundland –tierra natal de mi madre–, pero Derry y yo siempre defendimos que los primeros colonizados fueron los irlandeses. Anna Rutherford (una australiana afincada en Aarhus, Dinamarca), Hena Maes-Jelinek (catedrática de la Universidad de Lieja en Bélgica) y Bernard Hickey (australiano establecido en la Universidad de Venecia) fueron destacados pioneros en este campo. De sus reuniones salieron importantes revistas, como *Kunapipi* o *The Journal of Commonwealth Studies*.

20. ¿Y todos se veían forzados a “smuggle in” asignaturas con contenidos de literaturas de la Commonwealth?

Sí, en toda Europa había mucha resistencia; era un tema de conversación habitual, cómo introducir los *Commonwealth Studies*, ya que los profesores tradicionales se resistían mucho a incorporar esta literatura en los planes de estudio. En los Estados Unidos había más apertura, se podía innovar más, pese a que críticos como Harold Bloom se quejaban de la incorporación de novedades como el estudio de autores negros o chicanos en la universidad. Pese a esto, *ACLALS* siguió creciendo exponencialmente, hasta que tuvo que dividirse en regiones, seis en total. En Europa, la labor inicial dependía siempre de uno o dos individuos de cada universidad, y todos tuvieron que afrontar una fuerte oposición por parte de claustros encerrados en antiguas e inamovibles tradiciones.

21. ¿Cómo eran recibidas estas “nuevas” literaturas por los estudiantes?

Los estudiantes recibían estas literaturas con mucho interés, pero a la hora de escoger temas de investigación dudaban si debían elegir estas áreas, porque trabajando en ellas no había posibilidades de obtener cátedras. En Alemania fue donde la disciplina tuvo más éxito, lo que puede parecer paradójico, ya que no tenían colonias, excepto algunas en África antes de la Primera Guerra Mundial. En este sentido, yo preguntaba a Gabriel Oliver y a otros especialistas en literatura francesa por qué en su área no se estudiaban autores de las excolonias francesas, pero había muy poco interés.

De todas formas, pese a tantas resistencias, si en los años 50 los viejos patios de la Universidad de Barcelona se llenaron de exóticos alumnos de muchas nacionalidades, en los 80 y 90 hubo una nueva revolución. En 1984 vinieron 220 personas de 26 países a un congreso sobre literaturas de la *Commonwealth* celebrado en Sitges, y otros tantos a la Facultad en Barcelona en 1987. Aún recuerdo la cara de asombro del decano, Gabriel Oliver, cuando le informé de que tenía que recibir una conferenciante zulú en el Aula Magna.

22. ¿Cómo se estudiaban estos autores? ¿Le gustaría mencionar algunos de sus críticos favoritos en el campo de los estudios postcoloniales?

Tenía prácticamente prohibido a los estudiantes de grado leer críticos. Creo que la intrusión de la crítica en el estudio de la literatura ha sido nefasta. Recordemos cómo leíamos cuando teníamos 15 ó 16 años: estábamos a solas con el libro, en completa intimidad. Si los estudiantes leen crítica demasiado pronto dejan de tener una voz propia, solo repiten las opiniones de otros. A mi modo de ver esto es un fallo en el sistema educativo, que se refleja en la vida cultural

y política del país. Las universidades están cargadas de libros sobre libros, y son éstos los que se leen, en vez de ir directamente a los buenos libros.

Cuando fui a Australia en los años 80 me hicieron entrevistas en diversos medios, y una pregunta recurrente era qué estudiaban mis alumnos en Barcelona. Cuando yo les respondía que leíamos a Patrick White, les parecía increíble, pues lo consideraban un autor muy difícil. Pero sí, lo leíamos, no repitiendo las opiniones de los demás sobre Patrick White, sino que los propios estudiantes daban su opinión. Achebe fue el pionero de la literatura africana en inglés. No hacía falta ninguna crítica sobre él, los alumnos entendían perfectamente lo que estaba diciendo. Estamos creando un mundo en que nadie cuestiona nada y todos beben de las mismas fuentes.

La crítica literaria es cuestión de modas, y en un momento dado deja de valer. El arte también, fluctúa, la gente se deja llevar por las modas. En lingüística eso se nota mucho. En un momento dado no podías escribir nada sobre lingüística sin mencionar a un autor, y al cabo de unos años nadie lo conocía. Lo mismo sucede en el campo de los estudios literarios. En un momento dado, Spivak, Derrida y algunos otros se apoderaron de la crítica, y pese a que pocos entendían lo que escribían, cobraron mucha importancia. Hay que formar gente que no se deje arrastrar por las modas, es lo que la universidad debería hacer: formar personas que lo cuestionan todo.

23. ¿En qué año dejó la docencia?

En 1989 me jubilé de la Facultad, pero al año siguiente fui invitada a presidir *EACLALS*, la rama europea de *ACLALS*. Acepté a condición de que podría retener a mis valiosas ayudantes: Kathy Firth y Susan Ballyn, como secretaria y tesorera de la asociación, respectivamente. (Es conocida la extraordinaria labor de Susan Ballyn desde entonces en el Centro de Estudios Australianos.) A lo largo de aquellos años tuve oportunidad de viajar a muchos países de la Commonwealth: Canadá, Sri Lanka, Jamaica... Fueron años muy estimulantes.